



Dióro Carrasco Altamirano

Los dos años de Felipe Calderón

Dos años pueden ser poco o mucho tiempo; depende de los marcos de referencia. En el caso del presidente Calderón, al cumplirse dos años de su toma de posesión como titular del Poder Ejecutivo federal, puede decirse que dos años han sido suficientes. Más allá de los amagos de inestabilidad al inicio de su gobierno, por parte de liderazgos insatisfechos con la derrota electoral de 2006, y más allá de imprevistos, accidentes trágicos y retos inesperados, lo cierto es que Calderón ha mostrado, en los hechos, que quiere gobernar y que puede gobernar de acuerdo con el mandato recibido.

Nunca fue el caso de "legitimarse en los hechos", pues su victoria electoral no fue puesta en duda por la cantidad o la calidad de las supuestas irregularidades detectadas, sino por la decisión política de un caudillo popular de no reconocer que había sido derrotado estrecha pero claramente en las urnas. La cuestión política era otra: ¿podría Calderón superar las condiciones de un gobierno minoritario, alianzas inestables, una oposición de izquierda numerosa y levantisca, y un tercero en discordia ansioso de sacar ventajas políticas de la situación?

Pero Calderón nunca concentró sus esfuerzos políticos principales en amarrar o desarticular a la oposición intransigente, sino que tomó el toro de la inseguridad y la violencia del narco por los cuernos y le declaró la guerra, consciente de que, de no hacerlo, México iba en camino de convertirse en un "Estado fallido". Si es cierto que recibió un "Estado doblegado", es claro que lo principal era recuperar al Estado, erigirlo y ponerlo en condiciones de cumplir

con sus tareas fundamentales: garantizar la soberanía territorial y la seguridad nacional, en primer término.

¿Por qué el Presidente aparece tan bien calificado en las encuestas de opinión pública? Porque la gente, creo, ha captado un esfuerzo no sólo sincero, sino inteligente, informado y determinado por parte del primer mandatario para enfrentar los retos principales de la nación. Porque los ciudadanos comunes intuyen que lo que el gobierno considera son los retos principales, efectivamente lo son, y no los que proclama a voz en cuello el delirio opositorista o la crítica mediática.

Parafraseando lo que escribí anteayer Héctor Aguilar Camín, diría que Calderón "ha vencido la impugnación política a su legitimidad" porque "ha mirado de frente el problema de la inseguridad y de la corrupción del Estado por el crimen organizado" y porque además "ha obtenido del juego parlamentario reformas que su antecesor a veces ni siquiera se planteó". Y en efecto, Calderón ha sido muy cuidadoso, no ha cometido errores visibles, no ha polarizado ni agraviado a la nación.

En las entrevistas con los medios (sobre todo en la concedida a Ciro Gómez Leyva) en torno a los dos años de su gobierno, el Presidente se ha mostrado sincero, seguro, pero sobre todo, se ha mostrado como un gobernante maduro, consciente de sus limitaciones y, también, de sus facultades y atribuciones: "La verdad es que uno debe hacer lo que el deber le impone..."

Calderón sabe que muchos de los objetivos iniciales de su gobierno no podrán ser cumplidos, ante el

advenimiento de imprevistos como la crisis financiera y económica global, pero no se arredra y busca, con los instrumentos que tiene, seguir avanzando, como sería el caso del gasto público en infraestructura para generar empleo y evitar una catástrofe social.

Sabe también que la mala economía —entre otras cosas— prefigura un panorama incierto para su partido en las próximas elecciones federales, admite que le gustaría mucho entrarle al debate electoral, pero reconoce que ello afectaría su papel de jefe de Estado y por tanto, se compromete a mantenerse al margen de la contienda política.

En el imaginario colectivo gravitan seguramente las imágenes de un Presidente abatido ante la desgracia y la pérdida de su colaborador más cercano, pero que no se dobla, y que responde ante cada situación inesperada y dolorosa sin ocultar sus sentimientos, pero ante todo como hombre de Estado, es decir, como un gobernante que pone, por encima de todo interés particular, el interés superior del Estado mexicano. Que pone por encima de la ética de las convicciones, la ética de la responsabilidad.

Es el reflejo de esta ética, en la conducta pública, lo que tiene a Felipe Calderón bien posicionado ante una opinión pública que al calificar valora la madurez, la sensatez, la valentía política, la seriedad, el ánimo concertador y la congruencia, y los compara inevitable y favorablemente con la estridencia, la falta de ideas, la demagogia y la vocación por el insulto, muy visibles en la acera de enfrente. ■ M



| | | |
|---------------------|--------------------|--------------|
| Fecha 04.12.2008 | Sección Opinión | Página 16 |
|---------------------|--------------------|--------------|

La gente ha captado un esfuerzo no sólo sincero, sino inteligente, informado y determinado por parte del primer mandatario para enfrentar los retos principales de la nación

